





JUAN VALERA  
CONTRA LA PROFECÍA



César Bort Buisán

JUAN VALERA  
CONTRA LA PROFECÍA



Primera edición: abril 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© César Bort Buisán

ISBN: 978-84-19748-34-8

ISBN digital: 978-84-19748-35-5

Depósito legal: M-11462-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis locos bajitos*





# Introducción

Año 14

Juan Valera se había endurecido: dos años intentando sin éxito asegurar el territorio, luchando contra los señores de la guerra, que expandían su poder y su influencia, le habían modelado el carácter. La guerra no le había permitido mantenerse risueño e impoluto.

Mucho menos, una guerra de rapiña como la que luchaba, en un mapa sin fronteras, sin reglas, plagada de traiciones y deserciones, pues no había fidelidades más allá de las que la propia supervivencia proponía. Cambios de bando, bandos nuevos ante la perspectiva de hacerse con una pequeña porción de terreno al que llamar *dominios*. Alianzas débiles y ocasionales, de conveniencia.

La capa blanca, con el símbolo del Triángulo y el Círculo, y la Demonata ya no infundían respeto ni miedo en un mundo donde hoy podía ser el último día, donde el último día iba cosido a la suerte y a la imprevisibilidad, a la casualidad de un encuentro desafortunado, al filo de un puñal que podía venir reluciente en la mano de un enemigo o escondido bajo la manga de cualquier amigo.

No, la Espada de Dios no daba miedo, pues, si Dios existía, debía de estar ocupado en otros quehaceres que nada tenían que ver con su espada ni con quien la empuñaba.

Tras la batalla de la Tierra Yerma, Juan Valera había engrosado el escuálido ejército de ulcerosos de Marcela, compuesto de labriegos poco dispuestos a jugársela por tierras que no fueran las suyas —y por estas según cómo y por qué—, con el despojo del ejército

de Hermosilla del Campo, poca cosa, pocos hombres, mal calzados de ánimo y valor, derrotados y sin fe.

El resultado había sido una tropa defensiva poco dada a las aventuras que alejaran sus espaldas del calor del hogar, sin ambición ninguna, con el dicho «déjame como estoy» siempre a mano; siempre atento para salir al paso y entorpecer cualquier tentativa de reverdecer los símbolos de antaño; de volver a unificar los territorios bajo un único emblema. Nada de avanzar; en todo caso, replegarse.

Y en esas estaban, replegándose. Los campos multicolores que adornaban los alrededores de la casa de Marcela habían caído en manos de algún cacique más atrevido, con huestes más aguerridas, con más ansias, con menos miedo, mientras que Juan Valera y su gente se habían visto obligados a refugiarse en Hermosilla, tras sus muros —a los que ni murallas se los podía llamar—, apretujados y, más pronto que tarde, hambrientos.

La felicidad victoriosa de Juan Valera, al erigirse en vencedor de la última gran batalla entre los hijos del Forjador, los umoi y las amazonas, quería ser la esperanza restauradora del Triángulo y el Círculo, pero fue, sin embargo, la certificación de su final y el inicio de un mundo desarbolado, huraño y peligroso, oscuro y traicionero. Un mundo con base en el «aquí te pillo, aquí te mato».

A pesar de todo, Juan Valera se resistía a abandonar; había empeñado su palabra ante el cadáver de Álvaro Martín de la Peña y no tenía la intención de quedar en entredicho, aunque eso lo hiciera quedar como un loco, o peor: como un iluso. Había recuperado la orden de los legados, al menos de nombre, pues muchos, que no todos, de los caballeros que la integraban distaban de ser como los que murieron en Tarkos y Parsimonia, y, si hubieran tenido que luchar por los sueños y el futuro, se habrían visto en un aprieto; bastante tenían con vigilar los caminos.

Juan Valera sabía todo eso, conocía las debilidades de sus hombres. Una de ellas, no tenía ninguna duda, era que su fidelidad se resquebrajaría si la ponían entre la espada y la pared. Y en una guerra como la que libraban había muchas paredes y las espadas estaban tan cerca que podías oír cómo las afilaban.

## Primera Parte

### 1 (Año de la Gran Explosión; año 1)

Hacía un tiempo de perros. Siempre hacía un tiempo de perros cuando la mandaban a buscar a su hermano; o llovía o demasiado calor o un viento endiablado o..., daba igual, siempre, siempre hacía un tiempo de perros. Si era de noche, la cosa empeoraba y aquel día era de noche, una noche ventosa y sin luna, un viento antipático y desagradable, un frío que calaba, y poca predisposición, pocas ganas. Pero iba, siempre iba, pues era su hermano y había que traerlo de vuelta.

Eva agarró el abrigo de mala gana, de malas maneras y se lo fue poniendo mientras salía. Una vez fuera, se encasquetó el gorro, se subió la bufanda para que le tapara la boca y la nariz, y echó a andar. Puso las manos en los bolsillos y... «No puede ser», se amonestó refunfuñando. Se había dejado las manoplas. Miró hacia la casa, no estaba muy lejos, pero decidió no volver y no sacar las manos de los bolsillos.

Sabía a dónde iba, pues su hermano siempre se perdía en el mismo sitio; era una costumbre arraigada y conveniente para ambos, aunque empezaba a suceder con demasiada frecuencia.

La cala no estaba muy alejada, aunque ya se sabe que las distancias por la noche se agrandan, se estiran, crecen y, por mucho que aceleres, por mucho que corras, los sitios se conjuran para estar más lejos que de día, cuesta más llegar, aunque, al final, por lo general, llegas.

Tenía que atravesar un pequeño bosque y, dentro del bosque, un arroyuelo. Luego, debía bajar un camino pedregoso hasta un bancal que señalaba la frontera que nunca traspasaba la marea y habría llegado: estaría en la playa.

Llegó al bancal y miró hacia la cala. Su hermano estaría enseñado en las piedras de la derecha; escuchando el agua vaivenear; pudiera ser que tirando algún guijarro para intentar adivinar dónde caía, si en el agua, si en un tronco traído por la marejada, si en una piedra dejada al descubierto por la baja mar... Si era de día, tiraba a dar; si de noche, al tuntún.

Allí estaba y se lo quedó mirando, intuyendo, pues la luz no daba para mucho más, pero lo había visto tantas veces en el mismo sitio, en la misma posición, que no le costó imaginárselo. Así estuvo un rato, hasta que el ulular del viento entre los árboles, detrás de ella, le recordó que hacía frío, que era de noche y que el camino de vuelta sería largo.

—Hay que volver a casa, Éder.

Éder no se sorprendió; quizá acostumbrado como estaba a escuchar, la había oído mirarlo. Y tiró una piedra.

—Agua —dijo—. Casi siempre caen al agua.

Eva asintió aun sabiendo que él no la veía.

—Estás tirando piedras al mar...

Él la miró y sonrió con melancolía, o al menos ella lo supuso.

—Quiero decir que no siempre caen al agua y entonces me pongo a pensar: «¿De quién es culpa? ¿Del mar? ¿De la piedra? ¿Del que tira la piedra?».

Eva se encogió de hombros al decir:

—Hace frío, hay que volver a casa.

—No voy a volver, quiero ser como una de esas piedras que no caen al agua.

Ella resopló pensando: «Ya empezamos», y le aclaró:

—Mira, tú tiras una piedra y muy pocas veces no cae al agua, va a pegar contra otra piedra y, entonces, después del golpe, «chof», como todas. Así que puedes venir ahora o dentro de un rato, después de algún golpe. ¿Qué piedra prefieres ser?

Éder cogió otra piedra y la tiró con fuerza:

—¿Y si fuéramos como esta y cruzamos el mar y escapamos?

Eva no se entretuvo en argumentar que la piedra no había librado el mar, que era imposible que lo hiciera.

—Vamos a casa, tengo frío.

—Solo si me prometes que algún día atravesaremos juntos el mar; que nos iremos de aquí.

Y, como tantas veces, se lo prometió.

## 2

El día amaneció ataviado con guirnaldas. La fiesta se sentía desde hacía una semana en los nervios mal disimulados, en las ansias de que llegara la celebración, en el buen humor que se respiraba. La gente salió temprano a la calle para ver los adornos, para cerciorarse de que todo estaba a punto, para creerse que, por fin, sonarían las guitarras, las castañuelas, los tambores y las panderetas; que podrían olvidarse de quiénes eran durante unos días.

Muchos estrenaban traje, otros iban de prestado y usaban el de su hermano mayor o el de su padre. Ellas, floreadas y sonrientes, como una gota de agua tibia y clara.

Todos sonreían y se saludaban; quedaban para más tarde sin saber si se encontrarían; andaban con prisa alegre, ajetreados en acabar con las últimas obligaciones para quedar libres, poder olvidarse de las fatigas y centrarse solo en disfrutar.

Eva se puso su mejor vestido, era azul claro y conjuntaba con sus ojos. Con la inocencia del primer amor, creía tener un secreto que aquellos que la conocían gritaban a voces, pero ella no lo sabía o no se daba cuenta o no le importaba. Lo que sí sabía era que quería encontrarse con él, con el chico nuevo que hacía poco había llegado al pueblo, y animarlo a que le hablara, a que confidenciaran, y tenía la esperanza traviesa de... —se sonrojaba solo con pensarlo— «darle un beso». Eso es, ya lo había dicho, rápido como un anhelo inconfesable; flojito para no romper el hechizo.

Y, entonces, se dio cuenta de algo:

—¿Dónde está Éder?

—Se ha perdido.

El vacío, la desazón, la tristeza, la decepción se apoderaron de Eva. Las lágrimas se agolparon en sus ojos queriendo salir. Una mueca, que quería parecer una sonrisa, intentaba evitar que la rabia se reconociera en su cara al decir:

—No, no me puede hacer esto. Hoy no me lo puede hacer...

### 3

Eva corrió hasta su casa, fue a su habitación y se tiró en la cama a llorar. Las cosas no habían salido como se había imaginado, ni por asomo ni de lejos. Era cierto que había encontrado al chico nuevo; decir que se había tropezado con él sería injusto para el empeño que puso en hacerlo. Estaba junto a sus amigos tirando herraduras a un hierro, parecía que se lo pasaban bien a pesar de que casi nunca acertaban.

Eva iba con dos amigas, a las cuales había arrastrado de aquí para allá con excusas simplonas, con destinos dispares y contrapuestos. Ellas la habían seguido, sabedoras del fin último de tanto voltear, mirándolo todo sin disfrutar nada, pasando de largo por estantes de juegos y comida que prometían un dulce descanso o un divertido entretenimiento.

Se quedaron a distancia, observando cómo los zagaes jugaban a ser hombres, que es a lo que acostumbraban a jugar. Se daban palmadas en la espalda, collejas de consideración y puñetazos en los hombros; se animaban con frases destinadas a otros juegos o a otras situaciones que no eran juegos. Reían por cualquier cosa, por cualquier ocurrencia sin gracia o con una que solo ellos entendían. Gritaban, gritaban mucho, sobre todo cuando decían alguna palabra que, fuera del jolgorio y la manga ancha de las fiestas, tenían prohibido decir y hasta pensar.

Ante tal desparpajo, ante tal exhibición de hombruna, flaqueó el tesón que había guiado sus pasos hasta él, dudó la voluntad de acercarse y hablarle. Por suerte, o por desgracia, las dos amigas de Eva no estaban dispuestas a echar a perder el ajeteo y las carreras que habían sido obligadas a hacer. Así que, con unas pocas frases de ánimo, con algún empujón juguetón pero firme y con el dicho premonitorio y recurrente de: «Quizá no tengas otra oportunidad», la lanzaron a los leones.

Eva fue hacia ellos, con su mejor vestido, con la mirada fija en él, con los nervios que le agarraban los tobillos y no la dejaban andar como hubiera querido, con las manos nerviosas. Envuelta en un griterío que, de vez en cuando, dejaba escapar alguna palabra conocida.

Le tocaba tirar la herradura; Eva se paró a pocos pasos, esperando que acertara. Falló. Ella se ocupó en atusarse el vestido mientras los otros chicos se mofaban de él. Cuando acabaron, se acercó, se plantó delante y, con un hilillo de voz tremulosa, le preguntó:

—¿Quié-quieres que vayamos a dar una vuelta?

No era eso lo que había pensado decirle, era una sombra ridícula de lo que había imaginado que le diría; sin embargo, podría remediarlo porque sabía qué le contestaría y tenía la frase adecuada para esa respuesta y para todas las que vendrían, pues en su cabeza ya lo había vivido y revivido miles de veces.

—¿A dar una vuelta? Te has vuelto loca, Caraplato.

Lo dijo con el suficiente desprecio como para hacer daño, y lo bastante alto como para que sus amigos lo oyeran y ellos, como un coro de cantores crueles, dieron la réplica: «Se lo ha dicho, la ha llamado Caraplato»; «Qué macho»; «Que se vaya a molestar a otra parte»; «Así se habla»; «Es igual de rarita que su hermano...».

Eva no se lo podía creer, no de él. El escarnio iba a más y prometía recrudecerse. Lo miró y lo vio sonreír satisfecho, sacando pecho; no había encauzado ni una herradura, pero era el ganador del juego. Notó cómo alguien la agarraba del brazo y la sacaba del degolladero.

No oyó que sus amigas intentaban consolarla, no pudo o no quiso escucharlas, sino que, sorteando gente que reía, que jugaba, que comía, mientras ella se moría de pena, de vergüenza, de humillación, corrió bajo las guirnaldas de las calles hasta su casa, fue a su habitación y se tiró en la cama a llorar.

#### 4

Entonces, entre sollozo y sollozo, Eva recordó que Éder aún estaba perdido, se había negado a ir a buscarlo. No fue un recuerdo culpable, sino más bien apenado; una punzada leve; un arrepentimiento austero, de aquellos que dicen casi sin querer: «Tendría que haber ido», de aquellos que no indagan en los motivos, de aquellos que solo se presentan ante ti y reclaman que los mires y, al hacerlo, te das cuenta de que tienes que levantarte y echar a andar, pues, si no lo haces, es posible que se agranden, que ganen peso y se conviertan en una losa que te impida hacerlo en el futuro.

Lo hizo. Se levantó y se secó las lágrimas, que eran de rabia por haber hecho el ridículo, por haber sido menospreciada, por haber juzgado de forma equivocada. Era una vergüenza violenta, llena de reproche hacia sí misma, pues, si todo lo que había sucedido era una posibilidad negada por el optimismo que le otorgaba el enamoramiento, tampoco era menos cierto que el miedo que traía de la mano ya le había advertido que podía pasar y decidió ignorarlo.

Eva volvió a encaminarse hacia la cala a buscar a su hermano, quizá esta vez se sentaría con él y tiraría una piedra tan fuerte que libraría el mar. Puede que le dijera a él lo que tantas veces él le había dicho a ella: «¿Por qué no somos como esa piedra y nos vamos de aquí?».

#### 5

Llegó a la cala y se sentó junto a Éder. Él, sin mirarla, le dio una piedra.



—¿Qué hay al otro lado del mar?

—Una nueva tierra, una mejor.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—La he visto.

Eva lo miró. Era pequeño, demasiado para su edad, la piel blanquecina, casi translúcida, dejaba ver venitas azuladas aquí y allá, unas grandes ojeras moradas no conseguían esconder los ojos saltones. Se le marcaban los huesos de la cara y Eva sabía, pues muchas veces le había tenido que aplicar paños fríos para bajarle la fiebre, que también los del resto del cuerpo.

La gente decía que era rarito, no solo la gente, se avergonzaba al recordarlo y desvió la mirada, ella también lo había dicho en alguna ocasión, quizá porque lo pensaba de verdad, tal vez para que no la metieran en el mismo saco, puede que solo por quedar bien y no estar sola como él.

Y no era rari... y no era diferente porque se perdiera, sino porque era inteligente y eso no gusta a los mediocres, porque hacía premoniciones que acostumbraban a cumplirse, veía cosas y eso asustaba. Cosas lejanas como la tierra tras el mar y cosas futuras como...:

—¿Qué más has visto?

Éder tiró una piedra.

—Agua.

Eva asintió e hizo saltar en la mano la piedra que él le había dado.

—Te he visto sentada en el trono de esa nueva tierra.

Eva estalló en una carcajada mientras decía: «La reina Caraplató», y Éder la miró, con intensidad, con seriedad, con dureza, con reproche, quizá con un punto de amor propio herido que, de no haber sido su hermana, hubiera sido odio y rencor. La hubiera mirado como a todos los que lo llamaban *rarito*. Eva dejó de reír ante los ojos acusadores y preguntó:

—¿Lo dices en serio?

Éder asintió con seguridad.

Eva cerró la mano, sopesó la piedra y la lanzó lo más lejos que pudo. No la vieron caer al agua, y entonces ella dijo:

—Parece una profecía.

—Lo es, no tengas dudas.

## 6

El cayuco era una minúscula cáscara de nuez en la inmensidad del océano. Nada de lo que sorprenderse, pues ya lo era en tierra, pero, de todas las embarcaciones que tenían para escoger, era de la única que pensaron que sabrían gobernar. A duras penas habían conseguido salir de puerto y luego, cansados los brazos, se acogieron a la deriva.

Una tinaja de agua y un saquito pringoso de pasta de almendras eran todas sus provisiones. Eva las miraba y luego oteaba el horizonte echando cuentas, a modo de raciones, que no le daban.

Éder la miraba y le decía:

—Puede parecer que no nos movemos, pero no es cierto. Avanzamos, vaya si lo hacemos.

Pudiera ser, quizá...

Ella callaba y miraba al cielo esperando que cayera la noche, pues sabía que el sol no era algo aconsejado para la piel blanquecina de su hermano enfermizo.

Éder estaba feliz, dentro de su tristeza, y vestía un optimismo que parecía prestado igual que los trajes de las fiestas, pues le iba grande a su languidez.

—Llegaremos a tierra, a una nueva, a una mejor.

Eva, después de que menguara el arrebato de furia por haber sido insultada y despreciada, se había internado en un desasosiego hostil que le costaba arrinconar. No quería romper a llorar ante su hermano y arrastrarlo a las profundidades con ella.

El mar era inmenso y la nueva tierra una promesa cada vez más lejana, más improbable, ya que el mejunje de almendras se había acabado y el agua iba camino de hacerlo.

## Capítulo I (Año 14)

—Los señores de la guerra cada día son más atrevidos, parece que algo los empuja a ir hacia el sur. Cada vez recibimos más ataques, llegará el día en que no podamos contenerlos. Ya no se trata de ganar o perder. Se trata de sobrevivir —dijo el capitán de los legados.

Rafael Hinojosa estaba sentado en un rincón de la habitación con la silla a dos patas, el respaldo apoyado en las paredes, con el brazo que le quedaba cruzado en el pecho para agarrarse el hombro con la mano. Desde allí, contemplaba la reunión. «El alto mando», se dijo con algo de recochineo. Alrededor de la mesa redonda y pequeña, estaban el capitán legado Bueno Castán, que era quien había hablado y que le daba la espalda; Juan Valera, enfrente del legado; Marcela Izuña, a su derecha y Eva *Caraplato*, a la izquierda.

Hinojosa sonrió al ver la mueca de desprecio que le dedicó Marcela al capitán. «No es de las que corren», pensó, y Marcela se lo confirmó al decir:

—Esto es solo un interludio. Bandas de forajidos que luchan para conseguir territorios y que cuatro menesterosos sin ánimo ni voluntad los llamen reyes o señores o portadores o el título que les apetezca o más les convenga en ese momento. Todo porque hay un vacío de poder, porque nadie tiene la fuerza suficiente para detener las ambiciones y las avaricias, y cualquiera puede hacer lo que se le antoje. Pero, al final, alguien prevalecerá sobre el resto e impondrá su ley, y no será uno de los que huyen, sino de los que se detienen y luchan, será uno de los que atacan.

El capitán parecía turbado por las palabras de Marcela o quizá por su sola presencia; aun así, se atrevió replicar:

—Con todos mis respetos, esas bandas de forajidos nos han hecho retroceder hasta Hermosilla.

Hinojosa miró la espalda ancha y fuerte de Bueno Castán. «Si nos faltan bueyes, podríamos ponerlo a tirar del carro», pensó. Y, sin duda, el legado habría resuelto el trance con solvencia, pues era un hombretón alto como Juan Valera, aunque debía pesar un par de quintales más. «O quizá podría llevar el carro a cuestras», sonrió para sí al recordar que le habían contado que Bueno Castán había levantado un carro, algunos decían que con bueyes incluidos, para sacarlo del barrizal en el que se había encallado. Hinojosa se ladeó un poco a la izquierda para intentar verle las manos. Las veces que había hablado con él, no muchas, pero las suficientes para hacerse una idea de cómo era, la mirada siempre se le iba a las manos. Vio solo una, un puño apoyado en la mesa. «Ya quisieran muchos herreros semejante maza», se dijo volviéndose a recostar y pensando que Castán tenía lo mismo de fuerte que de manso.

Mientras se acomodaba de nuevo, frunció el ceño al ver cómo Eva miraba a Juan Valera y este asentía con discreción, invitándola a hablar:

—Y en opinión de los legados, ¿cuál debería ser nuestro próximo movimiento?

El capitán miró a Eva, también lo hizo Hinojosa que, como tantas otras veces, volvió a evaluarla: treinta años, los ojos azules, la sonrisa alegre y turbadora, el pelo castaño recogido en cola que dejaba al descubierto la cara ancha y *aplatada*, la piel bruñida y acobrada. Vestía una camisa a rayas finas que le ceñía el busto, aun con todo, no lograba marcar sus pechos pequeños; las mangas anchas le llegaban justo debajo del codo. Una falda azul, y bastante atrevida para la práctica al uso, dejaba medio muslo bien torneado, apetecible para más de uno, al descubierto. En el cinturón de hebilla ancha, lucía una navaja de un palmo. Las botas de cuero marrón, que en algunas zonas se aclaraba por el uso, eran de media caña.

Eso era lo que se veía, después estaba lo que era: según contaba ella misma, era huérfana y huyó de Tarkos junto a los seguidores del Forjador cuando la gran explosión. Luego de un tiempo en Hermosilla, había buscado mejorar su vida yendo al primer anillo y, al parecer, no le había ido del todo bien, pues acabó trabajando en uno de los prostíbulos, que fue donde la conoció Juan. En vísperas de la batalla de la Tierra Yerma, «jugándome el pellejo», como no se cansaba de recordar, había salido del primer anillo para alertar a Marcela de que Pedro Daisoela avanzaba con su ejército hacia sus tierras. A partir de ahí, si no antes, carne y uña con Juan Valera, confidente, seguro que amante.

Además, estaba lo otro, que era lo que más preocupaba a Hinojosa: no podía entrar en su mente. Por más que lo intentara, no podía saber qué pensaba y eso le hacía creer que Eva *Caraplato* no era lo que decía o no decía todo lo que era.

El capitán de los legados vaciló un instante antes de responder: —Huir al sur —al decirlo soltó un bufido que hubiera despeinado a Juan Valera de no haberlo estado ya, y que llevaba cargando a cuestas desde que se sentó a la mesa.

Se hizo el silencio, Hinojosa oyó el zumbido atrevido de una mosca impertinente. Juan se cogió la barba con la mano y la hizo resbalar por ella al tiempo que la estiraba. Hinojosa sonrió. «Se cree que, haciendo eso, da la sensación de que está pensando», se mofó en silencio, pero no pudo dejar de observarlo. «Ha cambiado», se dijo.

Era cierto, Juan Valera había cambiado, pero Hinojosa aún reconocía en él al niño que había recogido camino de Parsimonia. Sus sueños de ser caballero se habían cumplido; más aún, se había convertido en Portador de la Sangre Arcana, pero lo habían hecho de una forma que no se hubiera imaginado y que, de haberlo hecho, no hubiese querido.

En batalla, podía ser feroz, salvaje, incluso cruel. Eran los consabidos tributos a abonar por luchar en una guerra, pero, fuera de los combates, mantenía el candor en la mirada y la curiosidad de su

juventud. Conservaba la fidelidad inalterable, el sentido del honor, a veces un poco ingenuo, y la conciencia del bien y el mal, sin que eso le impidiera saltársela cuando convenía. «Algo muy a la moda, muy de la época cínica que le ha tocado vivir», pensó Hinojosa. Había prometido restaurar el Triángulo y el Círculo e Hinojosa sabía que lo conseguiría o moriría en el empeño.

Juan miró a Rafael y le dedicó media sonrisa escondida que denotaba complicidad. En momentos como esos, los ojos de Valera chispeaban de amistad, de esperanza, de honradez, de nobleza y eso hacía que Hinojosa estuviera contento de haber decidido quedarse a su lado, aunque las perspectivas de éxito fueran pocas; también brillaban con picardía, con travesura, con ironía...; y eso era algo nuevo, algo aprendido. Hinojosa se sintió orgulloso, pues creía ser responsable de esa nueva faceta del Portador.

Juan dejó de mirar a Rafael y se centró en el capitán legado para decirle:

—No huiremos más, iremos al oeste, a los Reinos Escarpados.

Rafael Hinojosa oyó resoplar a Bueno Castán y a punto estuvo de estallar en una carcajada, pero supo contenerse; ayudó que, entre soplido y soplido, el legado se enderezara en la silla impidiendo que pudiera verle la cara a Juan.

Castán abrió las manos como pidiendo comprensión para sus palabras:

—Para ir hacia allí tenemos que pasar por territorio enemigo. Niños, ancianos, enfermos... —negaba con la cabeza mientras enumeraba—, no lo conseguiremos. Saltarán sobre nosotros y nos destrozarán. Los que queden con vida no tendrán dónde refugiarse. Eso sin contar con que sí, por lo que fuera, lo logramos, tras la meseta tenemos que atravesar la Serranía de los Lobos y, si te parece poco, aún hay más, pues no sabemos si en los Reinos Escarpados nos recibirán como a amigos —resopló un par de veces más antes de decir—: Me niego. No puedo aceptarlo —acabó el capitán.

Hinojosa sabía que Bueno Castán se negaba solo de palabra y

que si Juan dijera: «Partimos ahora», hubiera sido el primero en salir de la habitación para ensillar el caballo.

Marcela sonreía con cierto desprecio ante lo que pensaba que era cobardía. Hinojosa lo veía de otra manera. El capitán no se había contado entre los supervivientes. «Sí, es de los que morirían defendiendo a los suyos», se dijo. Eva miraba a Juan y a Bueno con cara de estar más de acuerdo con el legado. Hinojosa arqueó una ceja. «No sabía nada», se sorprendió de verdad, pues creía que Juan se lo contaba todo.

Juan Valera volvió a acariciarse la barba como si estuviera evaluando las palabras del capitán, pero de pronto se giró hacia Marcela y le preguntó:

—¿Qué piensas, mi señora?

A Marcela le gustaba que Juan continuara llamándola «mi señora» una vez olvidada la pretensión de que la llamara «madre».

Hinojosa la observó. Seguía llevando vendas, pues las úlceras provocadas por la gran explosión —de eso hacía ya catorce años— persistían y le debían doler, ya que tenía los ojos vivos, atentos, inteligentes; indicador de que no había inhalado humo de adormidera para sofocar el dolor y así estar lúcida para la reunión. En cada movimiento que hacía se adivinaba la fuerza de los Izuña, la que todos los Izuña hubieran de haber tenido, aunque no todos la tuvieron. Hinojosa dejó de pensar en eso, pues Marcela empezó a hablar:

—Cuando Álvaro Martín era Portador, el oeste era una prolijidad de casas nobles, pero, al caer el Triángulo y el Círculo, se abrió la veda y lucharon entre ellas. La mayoría fueron conquistadas y perdieron el escudo. Ahora quedan solo tres: la de los Mendoza, la de las Arregi y la de los Santuña. Son tres casas fuertes, orgullosas, montaraces; mal paño para el sayo que quieres hacer —Marcela hizo una pausa y se miró las manos, Hinojosa vio que le temblaban y supo que era de rabia—. Si yo no estuviera así... —todos entendieron que se refería a lo que había bajo las vendas—, y aun no pudiendo ya tener hijos, les podríamos proponer un enlace, darle a

una de las casas el brillo del nombre Izuña y nuestro escudo y, junto a él, nuestro ejército; después de ti, uno de ellos podría ser Portador, pero —intentó que la voz no temblara— ¿quién querría...?

Eva alargó una mano en dirección a Marcela. Los dedos largos estaban afeados por las uñas mordidas. La dejó allí en señal de comprensión hasta que Marcela la miró con dureza altiva y la retiró. Bueno Castán se sentía incómodo ante tanta verdad desnuda; él era más de sobreentendidos en estos lances y no sabía muy bien hacia dónde mirar.

—¿Lo harías? ¿Estarías dispuesta a casarte?

Castán y Eva censuraron con los ojos la pregunta de Juan, ¿no había visto cómo sufría Marcela? ¿Es que acaso era un insensible?

—Sin dudarlo.

Marcela lo dijo levantando la cabeza con gallardía y sonriendo. Una sonrisa clara y lozana que punzó el costado de Juan, pues le trajo el recuerdo de cuando lucía en una cara joven y hermosa. En aquella cara que lo había mirado cuando, siendo un niño, estaba sentado en el suelo, perdido, llorando y lo ayudó a levantarse y lo animó a seguir; en la cara que lo había mirado desde las murallas de Parsimonia y le había hecho recordar que un caballero nunca se rinde; en aquella cara que lo empujaba y protegía al mismo tiempo. Hinojosa vio que Juan dudaba e hizo que las patas delanteras de la silla se apoyaran en el suelo con ruido. Todos lo miraron.

—Perdón.

Juan carraspeó y ya estaba recuperado al preguntar:

—¿Qué sabes de los Makazaga?

Hinojosa vio cómo Juan se tocaba el pecho, allí donde debía estar la carta que Álvaro Martín de la Peña había escrito para Guzmán de Makazaga, el Sucesor. Una carta que nunca había llegado a su destinatario y había acabado en las manos de Juan; sin embargo, la había perdido. «Y la echa de menos, pues, cuando dudaba, la leía y lo reconfortaba», pensó Hinojosa.

Marcela hizo un gesto casual con la mano, miró al techo y después a la mesa.



—Los Makazaga perdieron su escudo. Están bajo la tutela de los Santuña, que ahora son los señores de sus antiguas tierras.

Juan Valera miraba atento a Marcela, esperando que siguiera, pues eso ya lo sabía, pero no dijo nada más. Así que fue él quien habló:

—Los Makazaga son los que nos interesan, una casa venida a menos, que ve cada día cómo otros señorean sus tierras y ocupan su castillo, carcomida por el rencor, atrapada por la sed de venganza, sin nada que perder. Pero honrados, orgullosos, honorables —titubeé un instante, con un movimiento recurrente volvió a tocarse el bolsillo. La carta seguía sin estar en él. Al final, añadió—: Quizá tengas que casarte.

Marcela negaba con la cabeza al decir:

—Los Makazaga podrían avenirse a un enlace de este tipo, pues están necesitados, pero no son la alianza que nos conviene: nosotros les damos más de lo que ellos pueden ofrecernos; no ganamos nada, al contrario, perdemos, pues quedaremos expuestos ante las otras casas.

»Lo mejor sería una alianza con cualquiera de las otras tres, pero yo..., mira... —empezó a decir enseñando las manos, le costaba poner la impotencia en palabras.

Juan la interrumpió, evitándole el bochorno de volver a menospreciarse:

—Los Makazaga nos abrirán las puertas; una vez dentro, jugaremos nuestras bazas. No podemos ganar en el campo de batalla, no podemos ni enzarzarnos en combates, pero, sabiendo diferenciar lo que adorna de lo que aguanta, podemos derrocar la casa.

Marcela miró desafiante a Juan.

—¿Traiciones, asesinatos, conspiraciones...? Eso no es propio de los Izuña.

—Tampoco nos es extraño.

Marcela se quedó petrificada, era la primera vez que Juan se incluía entre los Izuña, nunca había querido adoptar el apellido, nunca la había llamado madre y, sin embargo, ahora...

—No, no nos es extraño —dijo sonriente, feliz, orgullosa de que su hijo estuviera dispuesto a cualquier cosa por volver a situar a los Izuña donde siempre les había correspondido.

Entonces, Juan miró a Bueno Castán.

—Te haré caso, seguiré tu consejo y no moveremos a la gente. Solo nosotros cinco, más un puñado de legados, saldremos hacia el oeste a proponer la alianza. Aquí, en Hermosilla, se quedará el resto, aguardando. Si no pueden aguantar las embestidas, como último recurso, huirán al sur. Que no duden que volveremos con un ejército desde el oeste y recuperaremos lo que nos han arrebatado.

Juan Valera se levantó. La capa blanca de Portador, con un triángulo dentro de un círculo bordado en ella, se arremolinó al seguirlo. Salió de la habitación. Tras de sí dejaba a un capitán contento por haber sido escuchado, a una madre feliz al sentirse por primera vez acariciada por su hijo y a Eva *Caraplato*, que no había sacado nada, pero, por la cara y el rictus concentrado, Hinojosa supuso que se las apañaría para obtener su cuota más adelante.

## Capítulo II (Año 14)

Rafael Hinojosa salió de Hermosilla del Campo rumbo al sur pasada la media tarde. El viento levantaba el polvo de los caminos y el de los campos de olivos que los custodiaban. Tierras de secano.

El paso lento del carro y su traquetear tranquilo lo adormecían; por suerte, siempre había algún canto que hacía saltar el carronato e impedía que se durmiera. El sol calentaba bastante para no ser todavía verano, pero ya iba de bajada, se alargaban las sombras y empezaba a colorearse el cielo.

Descolgó la bota de vino del lado del pescante y se echó un chorro generoso al colete. Hizo una mueca. «Demasiado caliente», se dijo; aun así, volvió a alzar el odre. Y entre olivos, entre tragos, entre viento y polvo se hizo de noche, e Hinojosa sonrió al ver un sendero que se apartaba del camino principal.

—Hemos llegado —les dijo a los percherones que tiraban de la carreta.

Como si lo hubieran entendido, aligeraron el paso, quizá pensando en un descanso merecido.

La casa era pequeña, pero el cobertizo aparejado era grande. Una puerta de granero, cerrada a cal y canto, impedía ver el interior, aunque Hinojosa se imaginó las herramientas propias de un herrero abandonadas, más o menos recogidas tras el día de trabajo. La fragua todavía debía de estar caliente, pues se olía el calor de la forja. Tras echar un vistazo a las cadenas y los candados, Rafael se dirigió a la casa y llamó. Un hombre con camisa y gorro de dormir abrió la puerta, si estaba a punto de dormirse, se despabiló enseguida.

—Rafael, te esperaba mañana.

Hinojosa se encogió de hombros.

—Me he adelantado. ¿Está acabado?

El hombre asintió mientras decía:

—Me ha costado más de lo que pensaba, pero he acabado —Hinojosa pensó que eso era lo justo: «El trabajo siempre cuesta más de lo que crees»—. Espera, que me visto.

—Así estás bien, ponte las botas y vamos.

El hombre se quedó mirando un momento a Hinojosa, debió pensar que llevaba prisa, algo que siempre resultaba extraño a la gente de Hermosilla y que la hacía desconfiar.

—Voy a vestirme.

Hinojosa volvió a encogerse de hombros y se dispuso a esperar mirando distraído hacia el camino. El hombre salió al rato en mangas de camisa, con un aro de hierro repleto de llaves que tintineaban mientras se ajustaba los tirantes en los hombros. Un bulto alargado y atravesado en el bolsillo derecho le hizo saber a Hinojosa que se había provisto de una navaja. Nunca estaba de más ser precavido.

—Vamos —dijo el hombre invitando a su visitante a ir delante.

Cuando llegaron a la puerta de la forja, el hombre tiró con fuerza de los dos batientes correderos; aun así, no se abrieron.

—Están asegurados por dentro —dijo después de la exhibición.

Hinojosa asintió.

Entonces, se dirigió a la puerta pequeña empotrada en una de las puertas correderas y se dedicó a probar llaves en los candados hasta dar con la adecuada. El método ensayo–error llevó un rato largo, pero, al final, cuando todos los candados estuvieron abiertos, demostró su efectividad y el herrero se giró hacia su espectador con una sonrisa satisfecha en la cara: «Ya está», anunció.

Entraron en la forja. Allí el calor no solo se oía, también se notaba.

—¿Dónde están?

El hombre señaló hacia el fondo del granero reconvertido. Hinojosa vio un bulto tapado con sacos. Fue hacia allí y levantó los trapos para descubrir diez toneletes repletos de monedas de oro. Tomó una, estaba acuñada con el símbolo del Triángulo y el Círculo por una cara, y con una rosa de los vientos, en el centro de la cual se podía leer la sigla D, por la otra. «Demonata», susurró.

—Voy a acercar el carro.

El herrero asintió y se dispuso a llevar los barriles hasta la entrada. Rafael ya había descargado los sacos de paja del carro y estaba sacando las tablas del suelo, que escondían un doble fondo, mientras escuchaba andar al herrero: cuando los pasos se alejaban, iba ligero; cuando se acercaban, lentos y arrastrados.

—Ya están todos.

—Ponlos en el carro.

El herrero miró a Hinojosa; no hubiera hecho falta, pues sabía de antemano que era manco. Asintió al tiempo que empezaba a trasegar toneles.

—Necesito también los cuños.

El hombre empezaba a acusar el cansancio, bufó antes de volver a asentir. Hinojosa miraba atento cómo colocaba los barriletes.

—¿Pongo las tablas?

—Déjalo, puedo hacerlo yo mismo.

El herrero bajó de un salto del carromato apoyándose con una mano en la baranda.

—Los cuños...

—Los tengo ahí.

Hinojosa lo siguió de vuelta a la forja. Los cuños estaban dentro de un cofre pequeño de madera. Mientras iban hacia ellos, Hinojosa preguntó:

—¿Están todos dentro?

—Todos —dijo el herrero mientras se agachaba a recogerlos.

Entonces, oyó un ruido detrás de él que reconoció enseguida, era de hierro deslizándose sobre hierro, la imagen se le presentó clara: la cabeza del martillo se paseaba por encima del yunque. Se

quedó quieto un momento, menos, un instante, pero fue suficiente para que Hinojosa tuviera tiempo de armar el brazo. El herrero debió intuirlo, pues se giró dispuesto a esquivar y correr, olvidando que llevaba una navaja en el bolsillo. Fue demasiado tarde. Vio bajar el martillo. Las manos, que intentaban interponerse, se quedaron a medio camino, sintió el golpe seco en la cabeza y todo se nubló al principio, para luego quedar a oscuras y nada más.

Hinojosa apartó el cuerpo para recoger el cofre con los cuños, después salió, colocó la cajita al lado de las monedas y, con tranquilidad, se dedicó a montar el doble fondo. Cuando hubo acabado, entró en la casa y al rato salió con dos mantas viejas que puso sobre las tablas. Cargó los sacos de paja y se quedó cavilando. Al entrar en la forja la primera vez, había pensado en llevarse algo que había visto, pero no recordaba qué, no lo conseguía por mucho que lo intentaba y le sabía mal, pues estaba seguro de que era algo importante. Al final, encogiéndose de hombros, fue a echar mano de la bota de vino y sonrió. Acababa de recordar qué quería. Volvió a entrar en la forja de la que salió con un botijo. «Ahora sí, el vino estará mucho más fresquito», se dijo.

Prendió fuego a la casa, que empezó a arder con llamas azul oscuro, y se alejó. No volvió por el camino que lo había traído, sino que, a campo traviesa, fue hacia el suroeste.